UNA CRÍSIS CONYUGAL.

JUGUETE EN UN ACTO Y EN VERSO,

Precio: 4 reales.

MADRID:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE P. ABIENZO,
CALLE DE LA PAZ, NÚM. 6, LIBRERÍA.

1872.

UNA CRÍSIS CONYUGAL.

JUGUETE EN UN ACTO Y EN VERSO,

arreglado á la escena española

POR

D. ELOY PERILLAN Y BUXÓ,

REPRESENTADO CON GRAN ÉXITO EN EL TEATRO SALON ESLAVA
EL DIA 16 DE ABRIL DE 1872.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T BORRAS

N.º de la procedencia
5125

MADRID:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE P. ABIENZO,
CALLE DE LA PAZ, NÚM. 6, LIBRERÍA.

1872.

PERSONAJES.	ACTORES.
CLOTILDE.....	SRA. LLORENTE.
AMALIA.....	SRTA. VEDIA.
ROSA.....	SRTA. HERRERA.
EDUARDO.....	SR. MARISCAL.
RAFAEL.....	SR. MONTENEGRO.

La escena pasa en Madrid.—Epoca actual.

La propiedad de esta obra pertenece á los SRES. GIMENEZ Y TORQUEMADA, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El propietario se reserva el derecho de traduccion.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Gabinete elegante en casa de EDUARDO.—Puerta al fondo y dos laterales.—Una chimenea.—Sofá y velador (sin silla volante).

ESCENA PRIMERA.

ROSA Y CLOTILDE (en trage de calle).

ROSA. (Entrando con CLOTILDE por el foro.)
¡Cómo! Usted no necesita
esperar, y aunque hace un rato
la señorita me dijo
que no estaba... está en su cuarto.
para usted, se entiende...

CLOT. No,
Todavía es muy temprano; (Sacando el reló.)
son las tres... no tengo prisa,
lo menos hasta las cuatro...

ROSA. Pues con permiso... (Intentando marcharse.)

CLOT. (Deteniéndola.) Oye, Rosa;
el señorito Eduardo...
¿tampoco está?

ROSA. No, señora.
¡Qué ha de estar!... ¡Se fué volando
á la Audiencia! Hoy tiene vista
del célebre asesinato...
aquel de Navalcarnero
que mató de un puñetazo
á su suegra, y á su suegro
de un puntapié... poco escándalo
se armó con aquel suceso.

723300

CLOT. Sí... ya lo recuerdo... ¿y tu amo
defiende tal vez al reo
en esa causa?

ROSA. ¡Está claro!...
Como que, segun decia
la otra mañana almorzando,
todos los mas criminales
se acuerdan de él... ¡Tiene tanto
renombre y habla tan bien!
¡Mire usted que será bárbaro!

CLOT. ¿Quién?

ROSA. El que mató á los suegros
en Navalcarnero... ¡Vamos!
si llega á ser mi marido
y hace tal cosa... ¡le mato!
¡Mire usted que asesinar,
como quien mata dos pájaros,
á sus dos padres políticos!...
Porque, es natural, al cabo...
una suegra es una madre...
pero yo estoy molestando...

CLOT. No, Rosa, de todos modos
tengo que aguardar un rato...

ROSA. Aquí está la señorita.

(Aparece AMALIA por la izquierda.)

CLOT. ¡Amalia!...

AMALIA. (Saliendo.) ¡Tú aquí esperando!...

ROSA. (¡Pobres suegros!... ¡Le ahorcarán!
Si no le llevan al palo
no hay justicia.) Señoritas,
¿desean ustedes algo?

AMALIA. No... ya puedes retirarte...

CLOT. ¿Es decir que no está Eduardo?

(ROSA se vá por el foro.)

ESCENA II.

CLOTILDE y AMALIA.

AMALIA. No, hija mia, mi marido
tiene una vista...

CLOT. Lo sé...

AMALIA. No te esperaba...
CLOT. ¿Y por qué?... (Sentándose.)
¿De verme te has sorprendido?
AMALIA. Suponia que estuvieras
muy ocupada...
CLOT. ¿Yo?
AMALIA. Sí....
CLOT. ¡Ocupada!... ¿Y en qué, dí?
AMALIA. En prepararte...
CLOT. ¿De veras?
¡Ah!... ¡que es noche de reunion
y gran baile en la Embajada!...
Yo siempre estoy preparada
para cualquier diversion.
Pero esta noche... no sé...
si brillaré por mi ausencia;
me ha apurado la paciencia
ese vizconde y no iré.
AMALIA. ¡El vizconde!...
CLOT. Aquel pollito
de las gafas de color.
¡Cómo! ¿No te ha hecho el amor?
AMALIA. ¡A mí!
CLOT. Lo estraño infinito,
porque á todas cuantas vé
suelta una declaracion...
AMALIA. ¡Ah!... si... bailó un rigodon
conmigo el lunes...
CLOT. ¿Y qué?
AMALIA. Pero ese es un agregado
á la Embajada...
CLOT. Si tal,
y vizconde de Monreal...
¡Ya se te habrá declarado!
AMALIA No le atendí... me decia
alguna flor al oido...
Pero como mi marido
estaba cerca y veia,
tal vez no quisiera allí
hacer el enamorado.
CLOT. Me estraña que el agregado

no se haya agregado á tí.
Porque á ese no le intimida
un marido... ¡bueno es el!...
Delante del coronel
me he visto yo perseguida.
Le concedí un rigodon
el lunes... te acordarás...
pues al darme el brazo, ¡zas!
soltó la declaracion.

AMALIA. ¡Y tú!...

CLOT. No le contesté...
mas nada le desconcierta;
siendo mujer, á una muerta
le dice «me gusta usté.»
Aun callando yo, seguía
en su charlar obstinado,
hasta que con desenfado
dijo que me escribiría.
—«¡No haga usted tal!» repliqué;
y el añadió presuroso:
—«Lo dice usted por su esposo...»
—«Es natural.» —«¿Y á mi qué.?»
—«Si lo sabe... Eso es muy grave...»
—«No veo la gravedad...»
—«¡Jesus que barbaridad!
Le mata á usted si lo sabe.»
Entonces con ceño adusto
respondió: —«¡Cuanta merced;
si yo muero por usted
moriré con mucho gusto!»
—«¡Caballero!» —«Y cuando muera,
él y usted lo han de sentir,
pues nadie puede impedir
que muera yo cuando quiera.»
—«Vizconde, usted se alucina.»
—«Clotilde, usted me acalora.»
—«Vizconde, usted me encocora.»
—«Clotilde, es usted divina.»
—«No quiero que nadie tilde
mi reputacion.» —«¿Por dónde?»
—«Aborrezco á usted, vizconde...»

—«Idolatro á usted, Clotilde.»
—«No quiero que usted me escriba.»
—«¡Angel mio!» —«Es usted tonto.»
—«¡Te amo!» —«Muérase usted pronto!...»
—«Pues yo quiero que usted viva,
y allí á donde vaya, irán,
tiernas, dulces y espresivas,
las perfumadas misivas
de mi abrasador afan.
Buscaré todos los dias,
aunque apele á malas artes,
medio de que en todas partes
encuentre usted cartas mias.
Y con mi amor viento en popa,
para que al cabo la asombre,
tendrá usted que ver mi nombre
y encontrarle hasta en la sopa...»
Dijo, y cuando el rigodon
tocó á su anhelado fin,
estaba yo hecha un carmin
del brazo de aquel moscon.

AMALIA. ¿Y ha cumplido tu rendido
Tenorio lo que decia?

(CLOTILDE saca el pañuelo del manguito y cae una carta).

CLOT. ¡Por desgracia, amiga mia!...
Ya ves como lo ha cumplido; (Recoge la carta)
mis criados, sobornados
por ese pollo maldito,
ponen hasta en el manguito
sus billetes perfumados.
Ayer llevé otra doncella
y la encargué... pero ¡quiá!
Figúrate si estará
puesto de acuerdo con ella.
Esta mañana salí
de tiendas, y en el bazar
donde compré agua de azar...

AMALIA. ¿Te dieron la carta?

CLOT. Sí;
y no podia enfadarme;

sabe que soy parroquiana,
y se fué por la mañana
ese lazo á prepararme.

AMALIA. ¡Ja... ja... ja!...

CLOT. Yo no me rio;
porque si llega mi esposo
á ver una... ¡Él tan celoso,
que me ama con desvarío!

AMALIA. ¿Conque es celoso?...

CLOT. Me adora.

AMALIA. Y solo el que adora... pues.

CLOT. El que no quiere, no lo es...
Pues qué, ¿lo sabes ahora?
Y no es que se encolerice
infundadamente, no...
ni que me intimide yo
por nada de lo que dice.
Pues del cariño sincero
que él me profesa, segura,
le incomodo y no le dura
el enojo un dia entero.
¡Es tan bueno, tan sensible!..
Si te llegara á contar...
mira, ayer le hice llorar.

AMALIA. ¡Llorar! ¡Parece imposible!

CLOT. Sí, me empeñé en una cosa
en que no habia razon
de mi parte; una cuestion
de modista...

AMALIA. ¡Prosa, prosa!

CLOT. Calificó de estravío
mi decision, regañamos,
y en fin, que nos separamos
él á su cuarto y yo al mio.
Luego yo reflexioné,
siempre reflexiono *luego*,
y de aquel capricho ciego
la sinrazon encontré.
Fui á su gabinete... cuando
todavía estaba allí...
entré de puntillas... y...

AMALIA. ¿Y qué?
CLOT. ¡Le encontré llorando!
AMALIA. A un militar, á un valiente
que ha luchado en cien batallas,
tú, Clotilde, le avasallas...
luego mi marido miente...
CLOT. ¿Por qué?
AMALIA. Lo comprendo ahora; (Levantándose.)
me engaña, si...
CLOT. Amiga mia.
AMALIA. ¡Si regañamos al dia
mil veces y nunca llora!
No es sensible, no es rendido,
como el tuyo... no ha llorado
y lleva ya de casado
mas de un año el fementido.
Mira cuál será su pasta
que ni es celoso... ¡Perjuro!
Dice que está muy seguro
de mi amor, eso le basta.
Tú sí que estarás segura
del amor del coronel....
¡El llanto! ¡Símbolo fiel
del amor y la ternura!
CLOT. Pero Eduardo es caballero,
como Rafael, y te ama;
es guardador de tu fama...
y tú...
AMALIA. ¡Yo si que le quiero!
EDUARD. (Fuera.) ¡Rosa! ¡Rosa!
AMALIA. Ya está aquí...

(Aparece EDUARDO presuroso y limpiándose el sudor con un pañuelo.)

ESCENA III.

Dichos y EDUARDO.

EDUARD. ¡Coge la toga!... Caramba...
no lo puedo resistir, (Sentándose.)
Pronto, pronto. ¡Un vaso de agua!
Qué manera de sudar...

¡Amalia! Querida Amalia, (Sentándose.)
acabo de conseguir
un gran triunfo en esa causa...

AMALIA. ¿Pero estás ciego? (Señalando á CLOTILDE.)

EDUARD. Clotilde,
perdone usted... no esperaba...
¿Que tal está el coronel?

CLOT. Perfectamente. (Sonriendo.)

EDUARD. (Al foro.) Muchacha,
¿cómo se dicen las cosas?...
Necesito que me traigas...
usted me dispensará, (A CLOTILDE.)
pero el suceso me exalta;
he conseguido por fin
el perdon de ese canalla
que mató de un puñetazo...

CLOT. Sí... sí, ya estoy enterada.

EDUARD. Por supuesto, es un bribon,
y yo tengo pruebas claras
de que asesinó á los suegros...
¡Pero qué defensa! ¡Cáspita!
Lloraban los magistrados,
¡yo mismo he visto sus lágrimas!
y el fiscal, los alguaciles...

AMALIA. ¡Oh!... Dime y tú ¿no llorabas?

EDUARD. ¿Qué habia yo de llorar?
Mujer... no sería mala.

AMALIA. Pero ¿no te conmovias
siquiera con sus palabras?

EDUARD. ¡Conmoverme! ¡Qué pregunta!...
Pero tú te has vuelto fátua...
¡Eh! ¿Qué le parece á usted,
Clotildita? (Aparece ROSA con un vaso de agua.)

CLOT. (A AMALIA.) (Mujer, calla.) (EDUARDO bebe.)
¡Olvida esas tonterías!...

AMALIA. (¡Y decia que me amaba!)

EDUARD. Este es el sétimo vaso;
traigo seca la garganta.

CLOT. Yo me voy á retirar,
porque debo estar en casa
á las cuatro...

EDUARD. ¿Quiere usted
que le acompañe?
CLOT. Mil gracias,
voy á volver en seguida.
EDUARD. Lo celebro...
CLOT. ¡Adios, Amalia!
Doy á usted la enhorabuena (A EDUARDO.)
por su triunfo... no esperaba
otra cosa de su mérito...
EDUARD. Agradezco la alabanza...
CLOT. Como mi amistad sincera.
EDUARD. Y cual mi gratitud franca. (Se dan las manos; AMALIA sale á despedirla hasta el foro, donde se besan.)
AMALIA. (¿Lo ves como es insensible?)
CLOT. (¡Veo lo mucho que te ama!)
AMALIA. (¡Pero, mujer, si no llora!)
CLOT. (¡No llora, pero trabaja!)

ESCENA IV.

EDUARDO y AMALIA.

EDUARD. ¿De quién será este papel?
AMALIA. ¿Ese? (Volviendo del foro.)
EDUARD. Sí... y es una carta.
AMALIA. Así parece... (¡Probemos
á donde llega su calma!)
EDUARD. La habrá dejado Clotilde...
AMALIA. Bien puede ser... (Haré un arma
de la carta del vizconde,
agregado á la Embajada.)
EDUARD. La señora coronela
parece que tambien anda...
AMALIA. (Este hombre es de carton-piedra...
si no siente... es una estátua.)
¿Y quién te ha dicho que sea
de Clotilde?
EDUARD. ¿No? ¿Te agravias
en su nombre? Pues entonces
será tuya...
AMALIA. ¿Y qué?... (Examinándola con fijeza.)

EDUARD. ¡No... nada!...
Si está dirigida á tí...

AMALIA. A mí. (Afirmando.)

EDUARD. Yo cumplo con dártela;
no soy de los que atropellan
los secretos de las damas.

AMALIA. (¡Nieve pura... no se altera!)
Déjala ahí donde estaba.
(La deja sobre el velador.)

EDUARD. Pues si me hubieras oido
el discurso esta mañana...
¡Qué satisfaccion! ¡De gozo
te hubieras puesto tan ancha!...
Pero... hablemos de otro asunto:
Sabes que encuentro muy guapa
á Clotilde.

AMALIA. Es muy dichosa,
y en su rostro se retrata
la misma felicidad
de que goza.

EDUARD. Sí... ¡Caramba!
Me parece que lo has dicho
así, con malicia...

AMALIA. ¡Vaya!
Tiene un marido completo,

EDUARD. ¿Sí? ¿Pues á mi que me falta?

AMALIA. Es tan tierno, tan sensible.,.
tiene una grandeza de alma,
y una manera especial
de querer ¡tan delicada!

EDUARD. ¡Militar! (Desdeñoso.)

AMALIA. Sí, militar;
¿y eso qué? Pues quizás valga
mas que un abogado...

EDUARD. ¿Sí?
En el campo de batalla,
pero en el foro... teniendo
una defensa tan ardua
como la de ese bribon
que mató al suegro á patadas..
El militar, mata gente,

el abogado la salva,
como yo á ese desdichado,
del patíbulo y la infamia.
¿Pues qué? ¿Eso no te conmueve?
¿No te engrie, no te halaga?

AMALIA. ¡Oh! si, quizás tendrá padre,
una mujer, una hermana,
hijos tal vez.

EDUARD. Nada de eso;
es un hongo, por desgracia.
¡Pues si llega á tener madre!
¡Qué epílogo de hojarasca
hubiese añadido yo
al discurso... *verbi gratia*...
(Perorando.) ¡Qué! Señores magistrados,
¿esa madre infortunada
que os pide á gritos, llorando,
el hijo de sus entrañas,
acaso no os enternece,
tal vez no os inspira lástima? (Afectado.)

AMALIA. ¡Ah!... ¡Te conmueves... y lloras!

EDUARD. ¡Vamos, hija... estás en Babia!
(Transicion cómica.)
¡Vaya una majadería;
llorar yo!... ¡Tendria gracia!
Un abogado, jamás
debe conmoverse...

AMALIA. ¡Calla!
Los abogados no deben
sentir... ¡Oh, ya me olvidaba!
(Paseando la escena con desesperacion.)

EDUARD. (Siguiéndola.) ¡A ver, mírame, detente!
Noto que estás alterada,
que hay algo anormal en tí...
¿Te sientes enferma? ¡Ay, habla!...
habla por piedad... ¿qué tienes?

AMALIA. Sí... siento una cosa estraña. (Deteniéndose.)

EDUARD. ¿Quieres que toque el piano
para que así te distraigas?...

AMALIA. No, me pondria peor.

EDUARD. ¿Quieres que lea esa trágica

novela á que te has suscrito?

AMALIA. Tampoco.

EDUARD. ¿Ya no te agrada?

AMALIA. Sí; pero estoy convencida
de que en la mas arriesgada
situacion, de las muchisimas
por que atraviesa esa huérfana,
te echarías á reir.

EDUARD. ¡Pues es claro, no faltaba
sino que diera yo crédito,
como tú, á todas las fábulas
y embustes de las novelas!
¡Yo tengo mucha mas calma!...

AMALIA. ¡Jesus! estás fastidioso. (Se vuelve á sentar.)

EDUARD. (¡Cielos, si será!... tan raras
exigencias me sorprenden.
¡Oh felicidad ansiada!...)
Estás muy nerviosa... (Sentándose junto á ella.)

AMALIA. Mucho.

EDUARD. ¡Oh cuánta ventura, cuánta!

AMALIA. ¡Eso es!... Regocíjate...
Parece que al verme mala
te alegras mucho.

EDUARD. (Acercándose mas.) ¡Quién sabe!

AMALIA. Si yo me muriese...

EDUARD. ¡Amalia!

AMALIA. Pronto te consolarias...

EDUARD. ¡Bah! no estamos, á Dios gracias,
en caso tan apurado.

AMALIA. Pues recuerda que Adelaida
era jóven como yo
y murió en una semana.

EDUARD. En una semana muere
todo el que muere... ¡Caramba!
Y siempre hay algo de chiste
en todas esas desgracias...
¿Te acuerdas de aquel doctor
que á Adelita visitaba,
y cinco minutos antes
de morir, dijo: «Esto marcha?»
¡Já, já, já!

AMALIA. Calla, insensato,
eres mármol de Carrara. (Levantándose.)
EDUARD. ¡Sí, como la estátua aquella
de Don Juan Tenorio!...
AMALIA. ¡Basta!
(Se vá AMALIA por la izquierda.)
(¡No siente, no, no me quiere!...
¡Cielos! ¡Soy muy desgraciada!)
EDUARD. (Declamando.) Y se ven como de dia
con esta luna tan clara...
esta es mármol de Carrara...
¡Pues cuéntaselo á tu tia!...
¡Já, já, já!...
Aparece RAFAEL por el foro vestido con uniforme de coronel.

ESCENA V.

EDUARDO y RAFAEL.

EDUARD. (Viéndole.) ¡Mi coronel!...
¡Estoy loco de contento!
RAF. Ya sé que ha logrado usted
la salvacion de su reo...
Me lo ha dicho mi mujer.
EDUARD. Pero no es solo por eso (Se sientan.)
mi alegría... no, señor,
hay otro acontecimiento
de mas bulto para mí.
RAF. Usted dirá...
EDUARD. Ya hace tiempo
que se ofreció usted á ser
padrino de mi heredero.
RAF. Como usted lo fué del mio...
EDUARD. Pues bien... muy bien ¡abracémonos!
Somos compadres... *¡Hosanna!*
Voy á ser papá.
RAF. (Friamente.) Me alegro.
EDUARD. Sí, señor, sí, mi mujer
tiene caprichos á cientos...
vé visiones, está inquieta,
se sienta minuto y medio,

se levanta de repente
y comienza á dar paseos,
y dice que soy de mármol
y hace variedad de gestos
que revelan claramente
un estado...

RAF. Ya comprendo;
tambien yo soy muy feliz,
(Dando un puñetazo en la silla de EDUARDO.)
muy dichoso!...

EDUARD. ¡Ya lo creo!
Pero, hombre, lo ha dicho usted
con un tono de misterio...

RAF. ¡Si me rio!.. (Sonriéndose.)

EDUARD. Me parece
que es la risa del conejo.

RAF. Hay mil modos de reir.
¡Cuestion de temperamentos!
(Dando otro puñetazo.)

EDUARD. ¡Pues, señor, si dá otro golpe,
voy á rodar por el suelo!
¿Conque está usted con esplin?...
¡Ah! pues ya no le presento
á mi mujer... en su estado,
pudiera serla funesto
ver malas caras...

RAF. (Repentinamente.) ¡Eduardo!
¿Conoce usté á un tal Ernesto,
vizconde de Monreal,
y agregado á...

EDUARD. Ya recuerdo,
¿Aquel que usted suponia
con amorosos proyectos
hácia Clotilde su esposa?...
¡Hombre! Ese es un majadero...

RAF. ¿Pero usted lo toma á risa?...

EDUARD. ¡Claro! Si estoy muy contento...
soy muy feliz. ¡Coronel!
diga usted, ¿y qué le haremos?

RAF. ¡Romperle el alma!

EDUARD. ¿A mi niño?...

RAF. Estoy hablando de Ernesto.
EDUARD. Creí...
RAF. (Levantándose.) Veo, amigo mio,
que hoy no está usted en su centro,
y por consiguiente...
EDUARD. No. (Le detiene.)
¡Si escucho á usted! Le aconsejo
que no tenga ese carácter
tan polvorilla!... Al asiento. (Sentándole.)
Desfogue usted, coronel...
RAF. Pues bien, vamos á mi pleito.
El lunes en la Embajada
sacó á bailar ese nécio
á mi Clotilde...
EDUARD. Lo ví;
si estaba yo junto á ellos...
RAF. Entonces usted oiria
todo lo que se dijeron...
EDUARD. Yo miraba á mi mujer,
que estaba un poco mas lejos,
¡tan hermosa!... aunque pálida...
palidez que ahora comprendo...
¿Vamos, le parece á usted
que le hagamos ingeniero?
RAF. ¿A quién?
EDUARD. ¡Ay! Usted dispense,
(¡Ya no sé lo que me pesco!)
Pues no le oí una palabra,
pero echaría requiebros
á Clotilde... es muy bonita,
¡su mujer!... se lo confieso.
RAF. ¿Es decir, que usted no quiere
favorecer mis intentos?...
Está bien. Procuraré
buscar por ahí los medios
de descubrir esa hilaza.
El escribirá y...
EDUARD. No creo
que se atreva...
RAF. Sí, señor,
bien seguro me lo tengo:

los que empiezan por hablar,
escriben cartitas luego...

EDUARD. Diga usted, ¿y cómo acaban
los que empiezan escribiendo?

RAF. ¡Yo que sé hombre!... ¡Yo qae sé!
Si yo encontrara uno de esos
papeles.

EDUARD. ¿Qué haría usted?

RAF. ¿Qué? Buscar á ese tontuelo,
llevarlo al campo, y allí
matarle sobre el terreno.
¡Ah! si; yo abriré las cartas.

EDUARD. ¡Caramba! ¿Está usted resuelto
á abrir la correspondencia
de su mujer?...

RAF. ... Por lo menos
todas las cartas de amor.

EDUARD. ¿Y usted sin ver lo que hay dentro,
cómo sabe las que son
de amor?

RAF. Fácil es saberlo:
pues nunca vá sobrescrito
en las cartas de ese género.

EDUARD. (¡Hola, hola!) (Con inquietud.)

RAF. Sí, señor,
se confian á un tercero.

(Eduardo ha tomado la carta del velador, y comienza á pasearse agitado.)

EDUARD. (¡Diablo!)

RAF. Á fin de que ninguno,
y si hay marido por medio,
el marido sobre todo,
no se entere del secreto.
Pero ¿qué le ha dado á usted?

EDUARD ¿A mí? Nada... estaba oyendo.

RAF. Usted oculta una cosa. (Levantándose.)
¡Es un papel!...

EDUARD. Si... (¡Mal trueno!)

RAF. Es una carta.

EDUARD. Una carta...

RAF. ¡Sin sobrescrito!...

EDUARD. En efecto;
¿quiere usted que la leamos?
RAF. Léala usted.
EDUARD. (Rasgando el sobre.) Al momento.
RAF. ¡Animo!
EDUARD. Sí, sí, señor,
ánimo, valor (¡y miedo!)
(Lee.) «Señora.»
RAF. A ver quién lo firma;
ver el nombre es lo primero...
EDUARD. Está en la cuarta carilla:
«Ernesto Monreal.»
RAF. ¡Ernesto!
Luego era á Amalia á quien él...
EDUARD. ¡Ay!... Esto se pone sério...
(Lee.) «¡Señora... no puedo mas!»
(Hablando.) ¿Eh? Yo soy el que no puedo.
(Lee.) «El amor que me devora
hace ya bastante tiempo.»
¿Dónde vive ese hombre?
RAF. ¡Calma,
Eduardo en estos momentos!...
Con una buena estocada
se libra usted de ese necio.
EDUARD. ¿Sabe usted que era mejor
que este pollo majadero
se declarase á Clotilde
que á mi mujer?
RAF. ¿Sí? Me alegro.
EDUARD. ¿Es decir, que hace por tabla
el amor, segun voy viendo?
¡Claro! Usted es militar,
y como tiene ese fuero
y maneja bien la espada,
infunde mayor respeto
que un abogadillo. ¡Justo!
RAF. ¡Vamos! Ánimo sereno,
Eduardo... si le ve Amalia
va á tomar un susto horrendo,
y en su estado, eso seria
peligroso... de ese duelo

me encargaré yo... entre tanto...

EDUARD. Entre tanto lo que espero
es conferenciar un rato
con mi mujer...

RAF. ¡Mucho tiento!

EDUARD. No hay cuidado, fingiré,
me reiré... no pretendo
matar en flor una vida
que puede ser mi consuelo.

(Aparece CLOTILDE al foro.)

RAFAEL. (Maldita casualidad...
pues se trocaron los frenos.)

CLOT. (Entrando.) (Mi carta en manos de Eduardo.)

EDUARD. Señora...

CLOT. (¡Aquí hay algo nuevo!)

ESCENA VI.

Los mismos y CLOTILDE.

RAF. ¡Clotilde mia!...

CLOT. (Sonriendo.) Ofrecí
venir á buscarte...

RAF. Bueno...

CLOT. ¿Y Amalia?

RAF. (Con gravedad.) Está algo indispuesta.

CLOT. ¡Oh!

EDUARD. Sin embargo, yo creo
que estará esperando á usted...
no es cosa mayor... ¡Yo vuelvo!

CLOT. ¿Se marcha usted?

(Asustada y mirando á RAFAEL.)

EDUARD. Sí, señora,
voy á una cita que tengo.
(¡Espero en mi cuarto!) (Aparte á RAFAEL.)

RAF. (¡Bien!)
(Allá voy en el momento)

(EDUARDO sale por la derecha.)

ESCENA VII.

CLOTILDE y RAFAEL.

RAF. (En voz baja.) Aquí van á suceder
cosas terribles.

CLOT. ¡Terribles!...
RAF. Eduardo tiene una carta
que Ernesto á Amalia le escribe...
Ese papel que llevaba
en la mano.
CLOT. ¡Es imposible!
¿Cómo ha podido creer?...
RAF. ¡Viéndolo! Cuando yo vine
él no se habia atrevido...
mas como yo se lo dije,
rasgó el sobre, vió la firma
y... no es preciso ser lince
para adivinar que Amalia,
que así la carta recibe,
habrá dado ya motivos
que á ese pedante autoricen.
Preven en tanto á tu amiga
y á ver si un desastre impides;
yo voy al cuarto de Eduardo...
¡Abrázame antes!... lo exige
mi cariño.
CLOT. (¡Qué haré yo!)
RAF. Te adoro y... somos felices.
(Se vá por la derecha.)

ESCENA VIII.

CLOTILDE y AMALIA, ROSA (luego).

CLOT. ¡Qué trastorno para Amalia!
¡Ella! (Aparece AMALIA por la izquierda.)
AMALIA. ¿Tú de vuelta ya?
CLOT. Sí, Amalia, sí, pero ignoras...
que ocurre una novedad.
La carta de Ernesto... aquella
que saqué sin reparar
de mi manguito, es la causa
de un trastorno sin igual
La tiene Eduardo, y sospecha...
AMALIA. ¡Sospecha! ¡Bravo!... ¿Y qué mas?
CLOT. ¡La ha leído!

AMALIA. ¿La ha leido?
¡Sublime, piramidal!
CLOT. Pero, mujer, ¿no te asustas?
AMALIA. ¡Yo! ¿Y por qué me he de asustar?
Al contrario, eso me alegra...
ROSA. (Entrando.) Señorita Amalia.
AMALIA. ¿Qué hay?
ROSA. El señorito pregunta
si está usted sola.
AMALIA. Ya da
lumbres la carta ¡qué gozo!
CLOT. Quedarte sola, ¡jamás!
AMALIA. Oh, si... vete al tocador
y espérame... ¿Llorará?
CLOT. Pero, Amalia.
ROSA. (A CLOTILDE.) Señorita,
no se me vaya á olvidar
esta carta que me ha dado
un lacayo.
CLOT. Si será
del vizconde... ¡hasta en tu casa!
ya no se puede aguantar. (La rasga.)
AMALIA. Vete que estoy impaciente.
CLOT. Pero tu confesarás,
en caso de que te apure,
sin rodeos la verdad.
AMALIA. ¡Nunca!... no quedo contenta
si no le veo llorar. (ROSA se vá por la derecha, y CLOTILDE por la izquierda.)

ESCENA IX.

AMALIA y EDUARDO.

AMALIA. Veremos lo que hace ahora
un marido que no siente. (Aparece EDUARDO por la derecha muy sombrío, fingiéndose repentinamente estar de buen humor.)
EDUARD. (No debo contribuir
con palabras imprudentes...
Haré todo lo posible
por calmarla y contenerme.)

Y bien, Amalita mia...
¿estás mejor?...

AMALIA. Como siempre.

EDUARD. (Como siempre... no es verdad. .)
Yo quisiera que estuvieses
mas animada... mas...

AMALIA. ¿Qué?
Quieres tal vez imponerme
otra humillacion...

EDUARD. No tal,
yo doy lo que se merece
á la importuna misiva
que envió ese mequetrefe.

AMALIA. ¿Y qué vas á hacer?

EDUARD. Por Dios...
¡Amalita no te alteres!
si en vez de encolerizarme
el amoroso billete
me ha hecho gracia, mucha gracia.
Hablemos tranquilamente.
¿Te hace la corte, verdad?

AMALIA. ¿No lo has notado?

EDUARD. ¡Qué quieres!
Los maridos no notamos
esas cosas.

AMALIA. (¡Es de nieve!)
¿Y con qué autorizacion
has leido?...

EDUARD. ¡Cómo! crees...
no... si la cogí de encima
del velador. (Amalia hace gesto de desesperacion.)
¡No te alteres!
Yo no soy de esos maridos
ridiculos y crueles
que van como polizontes
persiguiendo á sus mujeres.

AMALIA. Como Rafael.

EDUARD. Si, justo.
Rafael precisamente
es uno de esos maridos
ridículos. ¿Te parece?...

Dime, ¿y es esta cartita
la primera que ese enquencle
te dirige?...

AMALIA. A tal pregunta
no debo yo responderte.

EDUARD. ¿Que no debes?

AMALIA. No, señor.

EDUARD. Sí, sí, dices bien, no debes...
¡Pero cálmate, por Dios!
mi pregunta es inocente;
por mera curiosidad...
Es muy natural. ¡Qué tiene
de particular que escriba
con tal que no le contestes!

AMALIA. Bien... ¡y se le contestase!

EDUARD. ¡Oh! (Indignado.)

AMALIA. ¿Qué? (Alegría repentina.)

EDUARD. ¡Bah! ¡No me atormentes!
Estás agitada, Amalia,
y si tú á la postre quieres
contestarle... ya veremos...
acaso todo se arregle
buscando yo á ese señor
y reclamando solemnes
explicaciones... sin ruido,
haciéndole ver patente
que habia hecho mal, muy mal,
en turbar con sus billetes
la paz de que disfrutamos
ambos hasta conocerle. (AMALIA se levanta.)
Vamos, confieso mi culpa
de indiscrecion. ¡No te alteres!
Ya te dejo, voy á casa
del escribano, ahí enfrente.
(Sí, ya no me cabe duda,
su estado es.... ¡Oh, Dios lo quiere!...) (Váse.)

ESCENA X.

AMALIA, despues CLOTILDE.

AMALIA. (Despues de un gesto de disgusto.)
¡Jesus, es insoportable!...

¡Un marido de carton,
á quien nada hace impresion,
frio, seco, inalterable!
Dominar no he conseguido
su glacial indiferencia;
¡qué *sans facon*, qué paciencia!
¡Si será inglés mi marido!

CLOT. ¿Se marchó?

AMALIA. Si... no le arredra
todo lo que le he contado.
¡Ay! Clotilde, me he casado
con una estátua de piedra.
Fingí, tramé, ¡que si quieres!
me ha escuchado tan contento,
diciendo á cada momento:
¡Vamos, hija, no te alteres!
¡Oh, Dios, qué fatal consorcio!...
¡Has visto qué campechano!
Vá á casa de su escribano...
y no entablará el divorcio.

CLOT. Mas tú le has dicho...

AMALIA. Cuanto he querido decir, mujer.

CLOT. ¿Y qué hacia en tanto?

AMALIA. Oir
como quien oye llover.

CLOT. ¡Ah! debes desengañarle.

AMALIA. ¿Yo? Me guardaré muy bien.

(Reaparece EDUARDO por el foro.)

ESCENA XI.

Los mismos y EDUARDO.

EDUARD. He llegado hasta la esquina,
y no viene el coronel.
¡Ah! ustedes aquí...

CLOT. Eduardo.

EDUARD. ¿Las incomoda tal vez
mi presencia?

CLOT. ¿Incomodarnos?

EDUARD. Con su permiso... me iré.

(Dirigiéndose á su cuarto.)

AMALIA. (¿Ves que cachaza?)
CLOT. (Al contrario,
yo creo notar en él...)
¡Eduardo!... (Deteniéndole.)
EDUARD. Señora.
CLOT. Quiero
que hablemos.
AMALIA. (A CLOTILDE.) (¿Qué vas á hacer?)
CLOT. Usted sabe lo que ocurre. (A EDUARDO.)
EDUARD. Me parece que lo sé...
CLOT. Sin embargo...
AMALIA. (¡Qué coraje!)
CLOT. Yo debo decir á usted
que engañan las apariencias
de una manera cruel...
AMALIA. No trates de disfrazar
los hechos...No hay para qué;
este caballero...
EDUARD. (Suplicando.) Amalia.
AMALIA. Este caballero, infiel
á las prácticas sociales,
ha atropellado el deber
leyendo una carta mia.
EDUARD. ¿Pero vuelves otra vez
á alterarte?... No te agites,
al contrario, cálmate...
AMALIA. (Lo estás viendo.)
CLOT. (¡Qué crueldad!)
EDUARD. Ya debias comprender,
que siendo esta la mansion,
como hasta hace poco fué,
de la mútua confianza
que hacia de ella un Eden,
la mas ligera sospecha,
me habia de sorprender.
Eramos muy venturosos,
Clotilde, créalo usted...
y yo observando el tenaz
empeño en hacerme ver
cosas que si fueran graves
se cuidaria muy bien

de ocultármelas, creí
que era tan solo una red
para probar mi firmeza,
ó era acaso... ¿lo diré?
un antojo natural
en cierto estado... así, pues...
¡Oh! Hasta me faltan palabras,
falta que hasta hoy no noté,
para pintar mi emocion,
y si dejara correr
las lágrimas que se agolpan
á mis ojos... prueba fiél
de la alegria que inunda
mi corazon... yo no sé...
lloraría... ¡lloraría!...

AMALIA. ¡Eduardo!... (Arrebatada.)

EDUARD. Sí, de placer...

CLOT. (Ves ahora tu locura...)

AMALIA. Perdon, Eduardo...

EDUARD. ¿Por qué?

CLOT. Esa carta, así como esta
que me acaban de traer,
van dirigidas á mí
por ese pedante á quien
desprecio; pero, por Dios,
que no sepa el coronel...

EDUARD. Que no sepa... ¡Y está allí!

CLOT. ¿En casa de Ernesto?...

EDUARD. ¡Pues!

AMALIA. ¿Pero lo sabe?

EDUARD. Lo ignora
todo.

AMALIA. ¿Entonces á qué fué?

(EDUARDO baja la vista.)

¡Ah! ¡Ya comprendo!

EDUARD. Era justo
darle una leccion.

AMALIA. ¡Cruel!
Entonces ¿cómo me explicas
tu fingida pesadez
y aquello de ¡No te alteres!

Hija mia, cálmate?

EDUARD. Pues temia. (Con intencion.)

CLOT. (A AMALIA.) (Pobrecillo.)

(Aparece ROSA por el foro.)

ROSA. Ya llega don Rafael.
Señorito... (A EDUARDO.)

CLOT. ¡Mi marido! (Asustada.)

AMALIA. ¡Ah!

EDUARD. ¡Dios nos saque con bien!

(Aparece RAFAEL al foro.)

ESCENA ULTIMA.

Todos.

RAF. (Entrando.) ¿De cónclave estamos?

EDUARD. (Aturdido.) ¡Sí!...
¿Ha arreglado usted aquello?...

RAF. Radicalmente: no estábamos
para malgastar el tiempo.

AMALIA. (¡No lo sabe!) (A CLOTILDE.)

CLOT. (¡Así parece!)

RAF. ¡Y tiene gracia el enredo!...
Pues señor... en un simon
marché á la casa de Ernesto,
que está en esta misma calle...

EDUARD. (Crei que estaba mas lejos.)

RAF. Es un pollo muy galante,
me vió entrar y sin rodeos
me dijo: «¿Usted por aquí?
Pues entonces ya comprendo
la causa de su venida.
Si usted gusta empezaremos.»
No me dió tiempo á decir
que iba á proponerle un duelo
con usted... llamó á un amigo
que andaba por allí dentro,
fuimos al jardin y zás!

Sin dibujos ni floreos
le hice un rasguño en la mano
derecha; al decirme luego
que no era usted, sino esta,
de su pretension objeto,
me desternillé de risa
y le contesté: ¡Me alegro!...
Ya no puede usté escribir
en un mes ó mes y medio.
Pero si cuando se cure
quiere volver á su empeño,
le arrancaré las orejas...

CLOT. (¡Ya lo sabe!)

AMALIA. ¡Y yo que tengo
la culpa!...

EDUARD. Es decir que ya
no amenaza ningun riesgo
á nuestra paz conyugal...

RAF. Ninguna, yo lo celebro,
y á tí te doy muchas gracias
por el contínuo desprecio
con que has mirado á ese tonto...

AMALIA. ¡Dios mio! Cuando yo pienso
que he podido ser causante
de otro lance mas funesto...

EDUARD. No te alteres, hija mía...
(¿Diga usted, y qué le haremos?) (A RAFAEL.)

RAF. (¡Lo que usted quiera, compadre!)

CLOT. (Rafael...)

RAF. (¡Cuánto te quiero!...)

EDUARD. ¿Conque abracitos?... Nosotros
tambien nos abrazaremos...

AMALIA. Esperad...

EDUARD. ¿Qué vais á hacer?...

AMALIA. A pedir aquí un consejo...
si es que el coronel no quiere...

RAF. Si tengo una voz de trueno,
verá usted... ¡Aplaudan, arm!

AMALIA. Pero, hombre de Dios, qué es eso,
no repara usted que estamos
de un tornavoz para dentro...

Señores, muy poco os pido,
si os parece regular
este juguete... haced ruido,
pues yo no quiero llorar
¡ni que llore mi marido!.

FIN.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

El Sitio de París, drama en cuatro actos, prosa y verso (1).
El Gran mundo, comedia en tres actos y en verso, original.
El Espejo del alma, id. en tres actos y en verso, idem.
Don Robustiano, disparate cómico en dos actos y en prosa.
Parientes y trastos viejos, juguete en un acto y en verso.
Colon, Cortés y Pizarro, id., id., id.
La Sortija de pelo, id., id., id.
Un Secreto entre mujeres, id., id., id.
¡Todo por un Simon!, id., id., id.
Eclipse de Luna, id., id., en prosa.
Una Crisis conyugal, id., id., en verso.
Salud y fraternidad, id., id., id.
Armonias conyugales, id., id., id.
La Guia de forasteros, id., id., en prosa.
Las Tres D. D. D., id., id., id.
La Mano muerta, leyenda en tres actos y verso.
Amores de campamento, drama en un acto y verso.
Conjeturas..., juguete en un acto y prosa.
El Tren correo, id., id., y en verso.
¡Esto se complica!, id., id., id.
El Ramo de lilas, id., id., id.
¡Papá! id., id., id.
¡Canela! id., id., prosa.
El Ideal de la niña, id., id., en verso.
El Dó de pecho, id., id.
Los dos Bertoldos, id., id., id. (2).
¿Qué será, qué no será?, id., id., en prosa.

---

(1) En colaboracion con D. Pedro Marquina.
(2) Id. con D. Antonio Zamora.

PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

Casa del Editor, Contaduría del Teatro Eslava y librería de Cuesta.

EN PROVINCIAS.

Alcoy.....	D. Francisco Boronato y Satorre.
Almería.....	Señora viuda de Cordero.
Andújar.....	D. José de las Casas de Pozo Blanco.
Barcelona.....	» Andrés Vidal y Roger.
Bilbao.....	Hijo mayor de la Viuda de Delmas.
Cáceres.....	D. Nicolás María Gimenez.
Cádiz.....	» Manuel Morillas.
Ciudad-Real....	» Clemente Gonzalez.
Córdova.....	» Manuel García Lovera.
Coruña.....	» Canuto Berea.
Cuenca.....	» Manuel Mariana.
Granada.....	» Miguel Talavera.
Guadalajara.....	» José Antelo.
Jaen.....	» Manuel Bacas.
Lérida.....	» P. Moreno Gil.
Logroño.....	» Plácido Brieva.
Murcia.....	» Rafael Almazan.
Málaga.....	» Francisco Moya.
Palma de Mallorca.....	» Bartolomé Perelló.
Pamplona.....	» José Montorio.
Ríoseco.....	» Marcelo Pradano.
Santander.....	» Cipriano Osés y Mina.
San Ildefonso...	» Juan Alderete.
Segovia.....	» José Sancho Pulido.
Sevilla.....	Señores hijos de Fé.
Valencia.....	D. Carmelo Sanchez Laviña.
Valladolid.....	» Mariano Chacel y Minguela.
Vitoria.....	» Bernardino Robles.
Zaragoza.....	» José Menendez.

OBRAS

CUYA PROPIEDAD PERTENECE Á LOS SEÑORES

Gimenez y Torquemada.

EN DOS ACTOS.

El primer beso, drama en verso.
Por el Rey y contra el Rey, id.

EN UN ACTO.

Camoens, drama en verso.
Un cosechero riojano, id. id.
Un corazon de oro, id. id.
Los nervios de mi mujer, pasillo cómico, id.
Las llaves de San Pedro, juguete id. id.
El ideal de la niña, id. id. id.
Una crisis conyugal. id. id. id.
La herencia de un sobrino, id. id. id.
El leon enamorado, fábula en id.

Editor: D. BONIFACIO ESLAVA.
ARENAL, 18.